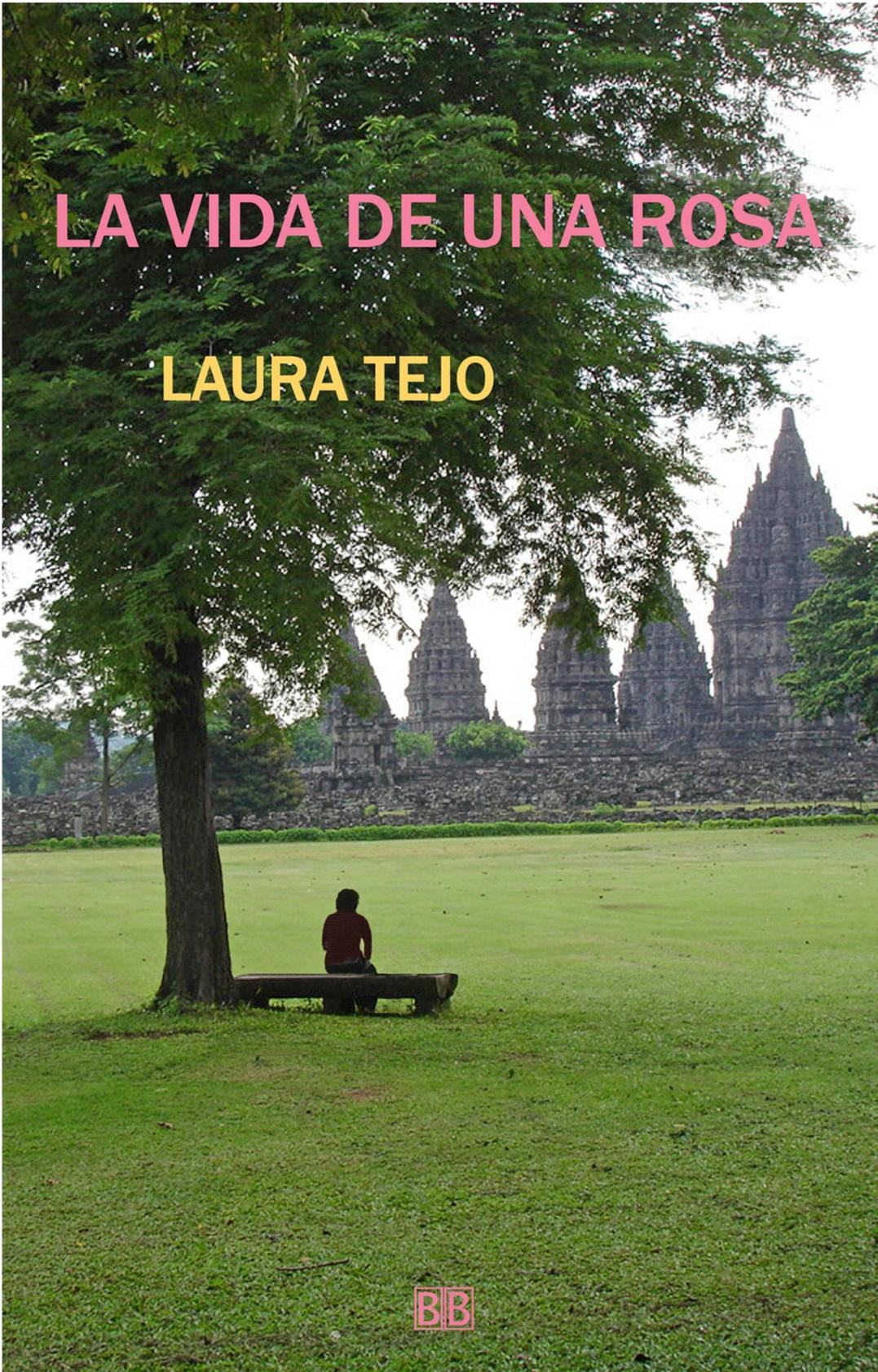


LA VIDA DE UNA ROSA

LAURA TEJO



BB

PRIMER CAPÍTULO

El remordimiento es un gusano que te corroe las entrañas sin piedad.

Cuando leas estas páginas, querido nieto, ya no estaré en este mundo. Mi tiempo habrá pasado, como un soplo, como discurre cualquier presencia humana. He amado, he sufrido, se puede afirmar que he vivido, con mayúsculas. Siempre he intentado ser feliz con los medios de los que he dispuesto, aquellos que los dioses pusieron en mis manos. Si durante muchos años no lo he conseguido, no estoy muy segura de que se deba a ellos mi fracaso.

En unos tiempos en los que cada vez se presta menos atención a la Historia, en los que el presente, lo actual, lo efímero, constituyen el paradigma de lo importante, yo he querido que conocieras mi existencia poniendo especial interés en los acontecimientos históricos que la rodearon. Porque no sería posible que trataras de comprenderme sin tener un conocimiento profundo de los turbulentos océanos en los que mi pobre vida tuvo que desenvolverse, navegando en ocasiones bajo el influjo de fuertes vientos, a la deriva en otras, siempre zarandeada por la fuerza del destino. Como un pequeño bote al paño en medio de una tempestad. No pretendo así eludir mis responsabilidades, sino tan sólo que tengas en cuenta las circunstancias atenuantes que puedas llegar a encontrar en mi comportamiento. No obstante, te pido disculpas anticipadas si mis disquisiciones y detalles históricos llegasen en algún punto a resultarte pesadas o aburridos. Piensa que para mí fueron importantes en su momento y representan una parte esencial de esta vida mía que ahora, en su ocaso, quiero darte a conocer con todo lujo de detalles.

A lo largo de estas páginas descubrirás, junto a aspectos cotidianos que te resultarán plenamente reconocibles, hechos que he mantenido en el más absoluto secreto, cuestiones que he preservado del conocimiento familiar, ocultos en mi interior durante años. Estoy segura de que su comprensión no sólo te aproximará a mi recuerdo, sino que también contribuirá a que te conozcas mejor a ti mismo y el mundo que te rodea.

Como sabes, tengo la inmensa fortuna de poder vivir en uno de los lugares más bellos del mundo. En ocasiones parece como si el azar quisiera tratar de recompensarme por los sufrimientos padecidos, concediéndome el regalo de poder disfrutar de las maravillas de la naturaleza en su estado más puro.

Aquí, en Carmel by the Sea, California, cerca de Pebble Beach, de Monterey y del Big Sur, en un lugar tranquilo, junto al mar, sería posible para cualquier persona intentar rozar con los dedos ese sentimiento tan subjetivo que se denomina felicidad.

En el momento en que los fines de semana o las vacaciones de la gente se terminan, una vez que los visitantes se han marchado y volvemos a encontrarnos los de siempre, escuchar el rumor de las olas en nuestra magnífica playa de arena blanca, oír el canto de los pájaros, caminar a lo largo de la senda que bordea el mar, contemplar las espectaculares puestas de sol..., son posibilidades al alcance de casi todos, gratas a cualquier sensibilidad, capaces en principio de generar un inmenso sentimiento de paz en las almas más desengañadas.

Y sin embargo, no existe para nadie la posibilidad de ser feliz cuando la amargura invade permanentemente el corazón, cuando la tranquilidad de espíritu es algo que pertenece a un pasado remoto. Cuando la conciencia, ese agujijón punzante, reclama todos los días, a todas horas, una deuda que ya hace muchos años que no puede ser satisfecha.

Son escasos los minutos en los que consigo no sentir la carga de la pesada losa con la que tengo que convivir desde hace ya mucho tiempo. A veces, si, por ejemplo, meriendo con algunas de mis vecinas y amigas, viudas también como yo, en los momentos en los que disfrutamos de una charla y tomamos un chocolate con bizcochos, logro evadirme por unos instantes de la realidad de mi situación. Y también al seguir las noticias a través de la televisión, mientras estoy maquinalmente concentrada en las pequeñas labores de punto o de costura que de manera habitual tengo entre mis manos, antes de quedarme dormida, vencida por un sueño rápido y ocasional.

Hace tiempo que comencé a escribir lo que en principio eran unas pequeñas notas que, poco a poco, fui ampliando, hasta transformarlas en el legajo que algún día llegará a tus manos, Martín junior. En ocasiones siento que esta tarea cotidiana de recrear mi vida es una válvula de escape, un método de expiación, como si fuera posible suprimir experiencias y olvidar decisiones que uno ha tenido o tomado en la vida, mediante su traslado al papel.

¡Cuántas mañanas he dedicado a estas memorias en los últimos años! Al llegar a mi edad es difícil conciliar el sueño durante muchas horas seguidas, así que el amanecer de un día tras otro me ha encontrado siempre despierta y lúcida, junto a mi mesa de trabajo, dedicada a la ardua tarea de rellenar estos folios, reviviendo el pasado. En verdad, se trata de una misión que, de alguna manera, me veo impulsada a cumplir y se erige en el motor vital que permite prolongar mi estancia sobre la Tierra. Ahora que la muerte ya no se encuentra lejos, estoy casi segura de que mis días tocarán a su fin en cuanto sea capaz de ultimar el quehacer al que me he visto obligada por un hálito superior a mí.

Ya sabes que de vez en cuando me gustaba disfrutar de una estancia de un par de semanas en San Francisco. No sólo, como os decía a todos cuando me preguntabais, para sumergirme en el ambiente de una gran ciudad, alejándome de la tranquilidad que habitualmente me rodea en Carmel, sino también para poder ir a la biblioteca pública en el Civic Center. Allí me documentaba y tomaba notas sobre los hechos históricos que han configurado el escenario sobre el que se ha desarrollado mi vida. Siempre me ha encantado darme el capricho de instalarme en el Hilton, en O'Farrell Street, en pleno centro, y subir al piso 46 para cenar en el Cityscape, su magnífico restaurante panorámico, desde el que se pueden admirar la bahía y los iluminados edificios que te rodean bajo una perspectiva singular, al tiempo que reflexionaba sobre lo que escribiría al día siguiente, en torno a mis añosos recuerdos.

Para cualquier persona, uno de los privilegios que existen en la vida es ver crecer a sus nietos. Yo he sido una afortunada en este sentido. Tras los pasos de tu hermana Ann, seguido por tus primas, Susan y Hellen, he asistido a tu transformación en adulto observando con atención lo que se desarrollaba ante mis ojos. Me resultaba increíble el extraordinario parecido que tenías con tu abuelo Helmut. Cuando te miraba, al contemplar tu aspecto físico, la forma de moverte, tu conducta y personalidad, creía estar nuevamente ante él. Por una de esas cabriolas del destino eres su vivo retrato. Y me has hecho recordar una y otra vez la vida que él y yo tuvimos en común. E imaginar la que pudo haber sido.

Nunca he podido olvidar aquella pregunta que tus primas me reiteraban cuando eran pequeñas. Me la hicieron muchas veces, casi al unísono, aunque sin ponerse de acuerdo previamente. Los niños, con su innata capacidad de aprendizaje y su especial sensibilidad, llegan en ocasiones a captar aspectos de nuestra vida con mucha mayor sagacidad de la que a veces les concedemos.

—¿Abuelita Laura, a cuál de tus maridos quisiste más?

—A los dos por igual.

Era mi respuesta estereotipada, siempre la misma, para intentar conseguir algo que nunca logré del todo: disipar sus dudas al respecto. ¿Qué otra alternativa hubiera tenido? ¿Cómo tratar de explicar la complejidad de la vida a dos niñas de menos de diez años? ¿Me hubiera resultado más sencillo procurar que entendieran qué es el amor? ¿O la pasión y el remordimiento?

Y qué decir del acertado regalo que me hicieron más adelante, cuando cumplí ochenta años. Ese CD de Diana Krall que escucho con frecuencia, el titulado “All for you“, homenaje al Nat King Cole Trio, que contiene su personal versión de una de las mejores canciones jamás escritas, Boulevard of broken dreams*.

Porque, en realidad, ¿qué es nuestra vida? ¿Algo más que un discurrir, muchas veces solitario, por una senda más o menos amplia, a lo largo de la cual nuestros sueños se van haciendo añicos paulatinamente?

Todavía soy capaz de darme cuenta de mi situación, de tener unos últimos destellos de clarividencia antes de que me aproxime al final y caiga en el olvido al que casi todos estamos condenados. Y sé desde hace ya mucho tiempo que resulta demasiado tarde para llorar, demasiado tarde para poder recoger los pedazos de mis sueños rotos.

*Bulevar de sueños rotos